

Moses I. Finley (*)

*Raúl Buono-Core (**)*

La obra del historiador M. I. Finley es quizás una de las más difundidas y conocidas en lengua española de entre los historiadores de habla inglesa.

La vida académica del profesor Finley fue agitada, dinámica, acorde con los tiempos que vivía. En 1927 obtuvo su Licenciatura en la Universidad de Siracusa con la calificación *magna cum laude*. A los 15 años se trasladó a Nueva York para empezar sus estudios en la Universidad de Columbia, en la cual, en 1929, obtuvo un master en Derecho Público. A raíz de esto, logra un puesto de investigador en la *Encyclopaedia of the Social Sciences*. Entre 1933- 34 fue ayudante de investigación del profesor A. A. Schiller en Derecho Romano, en la Universidad de Columbia. Entre 1934-35 fue contratado como investigador del Departamento de Historia de la misma universidad. Entre 1935-42, fue profesor de jornada parcial en el City College de Nueva York.

Su maestro en Historia Antigua en el nivel de graduados, fue W. L. Westermann, experto en el estudio de la esclavitud y otras formas de trabajo

(*) Este escrito corresponde a las palabras pronunciadas por el autor en el curso de un homenaje en memoria del profesor M. I. Finley, efectuado el 4 de septiembre de 1991, en sede de la Embajada de Italia en Santiago, en el acto de lanzamiento del Vol. V *Semanas de Estudios Romanos*, editado por el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso.

(**) profesor de Historia Antigua de las Universidades Católica de Valparaíso, de Chile y Marítima de Chile.

dependiente en el mundo antiguo, especialmente en el Egipto Ptolemaico.

Diversos factores en los años treinta produjeron una intensidad intelectual y emocional en algunos círculos académicos de Nueva York, que no se ha vuelto a repetir desde entonces, excepto quizás durante la guerra de Viet Nam. El colapso económico en el país y la extensión del fascismo en Europa, parecieron exigir de inmediato tanto un análisis intelectual como de acción política. La estructura de la enseñanza superior no parecía ofrecer ni uno ni otra. El recurso era proceder a la autoeducación entre los propios estudiantes, un proceso de aprendizaje dialéctico, a menudo más fecundo que la instrucción formal en las aulas. En el ambiente de los primeros años treinta era totalmente comprensible que este diálogo requiriera un debate con Marx. Hay que señalar el contexto en el cual Finley y sus compañeros de estudios absorbieron el pensamiento marxista: incluso para el estudiante contemporáneo crítico, y ciertamente para los que más tarde reflexionaron sobre el asunto, mucho del pensamiento "orientado a la izquierda" de esos tiempos era parte de la reacción cándida y no muy madurada (incluso simplista, se podría decir) ante la amenaza percibida en el poder y la ideología fascista.

Añadiéndose el fermento intelectual general en Nueva York durante este mismo período, y con un aire de acción directa sobre las preocupaciones relativas a la crisis económica y política del momento, estaba la emigración de muchas de las mejores mentes de la Alemania nazi. Especialmente importante fue el traslado desde Frankfurt hasta Nueva York en 1934, del "Instituto de la investigación social" bajo la dirección de Max Horkheimer, que había sido su director desde 1930. El Instituto se afilió a la Universidad de Columbia, y Finley se encontró involucrado en diversas actividades del Instituto, participando en seminarios y escribiendo reseñas para la revista del Instituto. De 1937 a 1939 el Instituto lo empleó en diversas tareas, entre las que figuraba la traducción al inglés de las obras que deseaban presentar al público norteamericano. Horkheimer y sus colegas entendieron que su misión en Nueva York era continuar la tradición intelectual alemana de la izquierda, que había sido destruida en la Alemania de Hitler. Las obras de los miembros constituían intentos de explicar de qué manera los distintos elementos de la sociedad actuaban los unos sobre los otros, y cómo estas interacciones producían cambios; en resumen, se trataba de un repaso de la dialéctica histórica. En sus primeros tiempos, el Instituto compartía el estado de ánimo predominante en la tradición marxista de la Europa occidental también en su expectativa de un cambio social radical, que incluía el colapso inminente del sistema capitalista. Se argumentaba que el intelectual, aunque pensase lo contrario, no podía ser un observador objetivo: tenía que comprometerse en la praxis, acción que produciría cambio. Siendo incompleto este resumen del pensamiento del Instituto, sin embargo nos da el contexto intelectual general en el que tomaron forma algunas ideas básicas de Finley. Tiene relación y conexiones con la fenomenología, aunque, no con la variedad emocional y empática, acrítica, de la que el propio Finley fue un permanente crítico.

En cuanto a sus concepciones historiográficas y las líneas de influencias en su

pensamiento, la principal es la sociología de Weber, perceptible en su análisis social y en su teoría metodológica. Finley a lo largo de toda su obra, rechazó claramente la concepción marxista de "clase" como el único, o siquiera más útil modo de analizar las relaciones sociales en la sociedad antigua. Prefirió darle una mayor importancia a los conceptos weberianos de «orden» y "estado", especialmente el último, que considera "una palabra imprecisa con un elemento psicológico considerable".

Rechaza la teoría carismática con que interpreta Weber el papel de los demagogos en la democracia ateniense. En el fondo, en su obra *Democracy Ancient and Modern*, (Londres, 1985; trad, esp. Barcelona, 1980) Finley discute la teoría elitista de la democracia ateniense. Esta obra está motivada por la preocupación por la teoría que señala que la democracia moderna funciona mejor si cuenta con la apatía de la mayor parte de la población, si esta mayoría se limita a votar cada cierto tiempo y deja la política en manos de un reducido grupo de especialistas.

Entre 1948-52, fue profesor de Historia en la Universidad de Rutgers, mientras en la Universidad de Columbia terminaba su tesis doctoral *Tierra y crédito en la Antigua Atenas*. Esta prolongada relación lo puso en contacto con un grupo de estudiosos cuyos puntos de vista iban a producir también un efecto sustancial en su análisis de la antigüedad. El principal de ese grupo era el exiliado húngaro Karl Polanyi, que tenía la cátedra de historia económica en Columbia en 1946. El círculo de Columbia se convirtió en un centro de estudio y difusión de las teorías "substantivistas" de Polanyi sobre la economía. La participación de Finley en seminarios, discusiones y conferencias organizadas por el grupo dejó huellas en sus ideas, claramente visibles en su interpretación de la sociedad en la "Edad Oscura", en una de las primeras obras de Finley llegadas a mis manos cuando era un estudiante de historia: *The World of Odysseus*, (New York, 1954; trad, esp. México, 1966), despertó una viva polémica en su tiempo y que permitió a los que recién se iniciaban en los estudios de la historia desde la antigüedad, el que ésta y sus problemas comparecieran como por arte de magia desde diversas disciplinas, las cuales se tiende muchas veces a separar de los estudios de la antigüedad. En esta obra no sólo se encuentran las teorías de Polanyi sobre intercambio, sino también los primeros síntomas de escepticismo ante la categoría de "lo económico".

Cuando en 1954, abandonó los Estados Unidos para instalarse en Inglaterra a raíz de la "caza de brujas" desatada por el macarthismo, consecuencia de su activa participación en política, el profesor Arnaldo Momigliano, quien ya se hallaba radicado también en ese país, afirmó que "Finley era el mejor historiador social de Grecia vivo, y el más preparado para enfrentarse con los problemas metodológicos que implica la historia social" (*The Greeks and us* en "The New York Reviews of Books", 16, (1975), pp. 36-38).

Uno de los manuales más condensados para la historia de Grecia es *The Ancient Greeks*, (New York, 1963; trad, esp. Barcelona, 1970); en el cual se plantea

si existen características generales del mundo griego, o bien, si sólo es posible el estudio de sus particularidades. De la vasta obra de Finley no puedo dejar de mencionar también, *Early Greece: The Bronze and Archaic Ages* (Londres, 1970; trad. esp. Barcelona, 1970); en el cual el planteamiento tradicional se ve alterado.

Ahora bien, a partir de su concepción de los estudios históricos como objeto de controversia, orientó una parte de su obra hacia la recopilación de trabajos de diversos autores, originales u otros que habían sido publicados en revistas de circulación restringida y que al quedar reunidos cobraban un nuevo sentido en la confrontación. *The Legacy of Greece. A New Appraisal* (Oxford, 1981; trad. esp. Barcelona, 1983), fue un intento discutible de actualizar el valor de la obra del mismo nombre publicada en 1921 por R. Livingston.

Finley asumió el poner en discusión que el tiempo ha modificado la idea de que lo que la antigüedad ha dejado, ha sido un legado. Esta publicación fue una demostración que en el estudio de Grecia son posibles una infinidad de enfoques para su valoración.

Otra de sus aportes importantes fue *Slavery in Classical Antiquity* (Cambridge, 1960); donde reunió artículos de las más diversas orientaciones ideológicas y de épocas diferentes entre 1924 y 1957. ¿Se basa la civilización griega en el trabajo de los esclavos? fue el título de su aporte a esa edición.

La obra de Finley es ciencia y divulgación de modo inseparable. Divulgación, en cuanto a trabajos de gran rigor pero usando una metodología y una lectura adaptada para todo tipo de lectores, particularmente los estudiantes que se inician, como un modo de entusiasmarlos en la tarea de recreación histórica al entrar a la universidad. Esta es también una de las razones del por qué Finley haya tenido tantas ediciones en español de sus obras, las que se vendieron y se continúan vendiendo con gran rapidez.

Su actitud profesional unía férreamente docencia e investigación, en el que la docencia estimulaba su trabajo personal como investigador. Esto lo deja en contacto con el mundo y sus intereses y deja de ser producto de la mente aislada del estudioso.

Finley fue un duro crítico ante la historiografía moderna. Ni Jones ni Nilsson ni Bengston escaparon a su análisis. En la relación historia antigua- conocimiento de la historiografía contemporánea, cuando Bengston declaró que "la historia romana de Mommsen era una obra confusa porque introduce al lector simultáneamente en dos pasados, el tiempo de los romanos y la era de las luchas políticas del siglo XIX, Finley replicó: "mejor dos pasados que ninguno", para reflexionar a continuación sobre tal actitud como pura ilusión tan arraigada en el siglo XX como Mommsen en el siglo XIX: "Ya sólo la distribución espacial, las inexorables series de poderes imperiales como los receptores de la historia romana postrepublicana, los ruidosos silencios sobre grandes parcelas de comportamiento humano son prueba suficiente de que la arraigada objetividad, la liberación de valores subjetivos, es pura ilusión". Criticó la inutilidad de ciertos estudios, como los que hacen determinadas monografías regionales, pero le da mayor importancia a

los que desenmascaran el carácter ideológico oculto detrás de algunas posturas que se defienden como carentes de ideología, de la pretendida objetividad de quienes se consideran herederos de Ranke, o de los que convierten técnicas como la prosopografía en el objetivo final de los estudios históricos de la antigüedad. En este campo destaca *Ancient Slavery and Modern Ideology* (Londres, 1980; trad. esp. Barcelona, 1982) donde se pone en relieve el papel desempeñado por esta última en la evolución de los estudios sobre la primera: cristianismo, Ilustración, idealismo alemán, están detrás de los diferentes criterios que han pesado en la consideración histórica del trabajo esclavo.

En fin, la obra de Finley fue extremadamente variada, de una gran riqueza, de gran reflexión y crítica, sobre la cual habrá acuerdo y discrepancias, pero ese era siempre, el objetivo final de sus trabajos, abrir debate, abrir polémica. La actualidad se convierte en un medio para comprender las interpretaciones del pasado.

The Ancient Economy (Berkeley, 1973; trad. esp. Madrid, 1975); tiene su origen en las conferencias que dictó en la Universidad de California (Berkeley) en septiembre de 1972.

De las líneas del pensamiento de Finley destaca también que uno de los deberes del historiador es tomar partido; el mito del "reportaje imparcial" en este sentido es algo que cada historiador debería evitar en favor de una interpretación del pasado. Así en su elogio a la obra *Roman Revolution*, de Sir Ronald Syme (1939), otro insigne historiador del mundo clásico recientemente desaparecido, Finley encuentra el elemento que separa este trabajo de otros sobre el mismo tema: "No escribe para el "homo ludens", sino para el "homo politicus", es una obra partidista, así son todas las buenas muestras de literatura histórica".

La muerte de este insigne historiador lo sorprende como activo profesor de la Universidad de Cambridge, y no es sólo su pérdida en sí misma lo que lamentamos, sino también, la desaparición de uno de los más destacados miembros de una privilegiada generación de investigadores, de la cual, su obra ha sido para nosotros de muchísima importancia, ya sea para nuestra formación, como para nuestras investigaciones, se haya estado o no de acuerdo con sus proposiciones de interpretación histórica.